

Etnia y clase en los procesos de segregación espacial

Mariela Paula Díaz
FSOC-UBA-CONICET
mavalu_d@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 1 de diciembre de 2011
Aceptación final del artículo: 30 de junio de 2012

El artículo de Lichter (2011) presenta un análisis reciente sobre la temática de la segregación residencial en los Estados Unidos, que aporta interesantes elementos que serán completados y contrapuestos con otros estudios desarrollados en diferentes contextos, tales como países de Europa y Oceanía, con el propósito de complejizar y completar la perspectiva sobre este fenómeno.

Este artículo aborda la relación entre la segregación residencial, la etnia y la concentración de la pobreza en los Estados Unidos, a partir del año 2000, a una escala macro (región y condado) y no micro (barrio). Sin embargo, a diferencia de los estudios de Massey y Denton (1993), no sólo abarca las grandes ciudades o metrópolis de los Estados Unidos, sino también las áreas rurales.

La década que comienza en el año 2000 trajo consigo el Huracán Katrina –cuyas “desastrosas” consecuencias fueron padecidas principalmente por la población más pobre de Nueva Orleans, los afrodescendientes–, así como la gran recesión económica de finales de la década, con la sucesiva disminución del valor de la vivienda, y tasas de ejecuciones hipotecarias sin precedentes en muchas de las ciudades de ese país del norte, generando un aumento de la concentración de la pobreza. Por ejemplo, en el año 2009, 43,6 millones de personas eran pobres en los Estados Unidos, mientras que en el año 2000 el número era de aproximadamente 32 millones. Este proceso de concentración de la pobreza dio lugar a un nuevo modelo espacial (y social) de aislamiento de los pobres en los Estados Unidos.

El autor hace hincapié en la recesión de estos últimos años, ya que la considera una de las razones más importantes por la cual el país ha vuelto a centrar la atención en el aumento de la pobreza, la creciente desigualdad “racial” y étnica, y la desigualdad en la distribución espacial de los trastornos económicos (por ejemplo, las ejecuciones hipotecarias de las viviendas, o el desempleo). De esta manera, se plantea nuevas preguntas acerca del resurgimiento de un grupo racial y étnico de “clase baja”, que vive en áreas de pobreza concentrada y se encuentra espacialmente muy “guetizada” a nivel macro (en comunidades y condados).

Por lo tanto, no sorprende que las tasas de pobreza sean más altas en las regiones del medio oeste (Midwest) industrial, en estados como California, Florida, Michigan y en ciudades como Detroit, Las Vegas y Cleveland, fuertemente afectados por la recesión económica, la crisis financiera, o la burbuja inmobiliaria.

Fuera de las grandes ciudades, la población rural pobre a menudo permanece invisible, escondida en regiones económicamente deprimidas o en pequeñas ciudades. Durante el boom económico de la década del '90, la concentración

geográfica de esta población era menor; para el año 2000, el 30% de la población pobre de las zonas rurales vivía en condados de alta pobreza (con tasas superiores al 20%), porcentaje que superaba al de los condados de las ciudades metropolitanas (13%). La recesión de fines de los años 2000 no hizo más que profundizar este escenario. Por ejemplo, el promedio de la tasa de pobreza en los condados de las zonas rurales fue de 15,1% en el período de 2004 a 2008, pero subió a 16,6% en el 2009, su tasa más alta desde principio de la década de los años '90.¹

Este estudio considera que la concentración de la pobreza y su desigual distribución en el espacio, tanto en las ciudades metropolitanas como en las áreas rurales, están ligadas al cambio del patrón de segregación residencial de la población "étnica y racial". La mayoría de los pobres en este país son minorías raciales y étnicas, y representan el 57,6% del total de la población pobre, o sea 25,9 millones. De este modo, si se mide, por ejemplo, la tasa de pobreza en cada grupo étnico, los datos revelan que la tasa de los estadounidenses de origen africano (25,8%) junto con la de los hispanos (25,3%) casi triplica a la de los blancos -no hispanos- (9,4%).

En consecuencia, la mayor parte de las "minorías étnicas y raciales" de los Estados Unidos -incluidos los que tienen históricamente altas tasas de pobreza- reside racialmente segregada en los barrios de la "inner city" y se encuentra inmersa, por ende, en una "doble desventaja". Es decir, a los padecimientos inherentes debido al hecho de pertenecer a un nivel socioeconómico bajo, se le agregan las condiciones exteriores desventajosas, al estar expuestos, de manera desproporcionada, a la disminución de oportunidades de empleo, altas tasas de crímenes violentos, escuelas deficientes e insuficiencia de los servicios públicos (incluyendo el transporte).

En resumen, durante la década del '90 el número y la proporción de barrios étnicos, especialmente en los suburbios, creció rápidamente. Por lo tanto, la crisis económica no hizo sino profundizar este fenómeno y dejarlo al descubierto, dando lugar a una concentración espacial de la población pobre (como se ha dicho, en su mayoría de diversos orígenes étnicos), tanto en las "inner city" como en las regiones rurales.

En relación con la concentración de la población pobre en las regiones rurales, es interesante destacar cómo se vinculan los condados de alta pobreza con las circunstancias económicas de las minorías "raciales" y étnicas, es decir, con su ocupación y nivel de ingreso.

Por un lado, las minorías raciales y étnicas se encuentran también fuertemente concentradas en las regiones rurales geográficamente aisladas de los Estados Unidos, tal como en el caso de los afroamericanos, los indios nativos y los hispanos.

Especialmente, el 47% de los condados de alta pobreza está compuesto por población afrodescendiente, el 17% por población hispana y el 9% por nativos de bajos ingresos. Dentro de las "minorías" más empobrecidas que residen en estas

¹ Sin embargo, el autor explica que si se toman como unidad de medida las regiones en lugar de los condados del país, la segregación de los pobres en relación con los no pobres en las áreas metropolitanas supera en un 40% a las áreas rurales.

áreas rurales geográficamente aisladas, se reportó que la mitad de todos los “afrodescendientes” y el 58,2% de los “afrodescendientes pobres” –sobre todo en el sur– vivían en condados de alta pobreza en el 2000; por lo que las minorías de origen africano son las más segregadas.

Con respecto a los hispanos, este autor relata que ha habido un “boom de hispanos” en las áreas rurales, sobre todo en el sur y en el medio oeste –Midwest–, a menudo para trabajar en empacadoras de carne, en la agricultura o en la construcción, formando verdaderos enclaves de pobreza en áreas que históricamente eran “racialmente” homogéneas, con una predominancia de la población blanca nativa. Esto último refuerza lo analizado acerca de la concentración de la pobreza, que no puede ser estudiada independientemente de la diversidad “racial” y étnica.

Por el otro lado, considera que los potenciales efectos perjudiciales de la pobreza se ven agravados en las zonas rurales “económicamente deprimidas”, típicamente con menos empleos que pagan un salario familiar, con escasez de oportunidades educativas e insuficiencia en los servicios públicos de salud y sociales. Esto último se opone a aquellos estudios en América Latina, en los que se “idealiza” a las comunidades agrarias, como áreas homogéneas donde predominan los lazos de solidaridad y reciprocidad en contraste con la lógica del capital. En otras palabras, las denominadas “minorías étnicas y raciales” son las que engrosan los porcentajes de pobreza en los Estados Unidos, realizando los trabajos peor pagos. En este sentido, este texto se pregunta cómo los cambios en los patrones de asentamiento de las minorías, especialmente de los afroamericanos y de los hispanos, ya que los blancos pobres muestran un nivel menor de segregación en relación con los blancos no pobres, han moldeado la tendencia de la concentración de la pobreza rural y de la urbana. Es así que sólo el 18,3% de todos los blancos y el 35,1% de la población pobre blanca vivía en regiones de alta pobreza entre los años 2005 y 2009; estos porcentajes son mucho más altos en la población “afrodescendiente” (43,6% y 56%, respectivamente).

Los hispanos ocupan una posición intermedia en cuanto a la concentración en las áreas de alta pobreza. En el año 2000 alrededor del 34,2% de todos los hispanos vivían en regiones de alta pobreza, mientras que el 46,3% de los hispanos pobres residían en estas regiones. Sin embargo, entre 2005-2009 estos porcentajes disminuyeron a 27,1% y 37%, respectivamente. La explicación es clara y se debe a la dispersión de los hispanos de las áreas metropolitanas como Texas, California y otras hacia las urbes más prósperas en lo que respecta a la oferta laboral. Para los hispanos, la pobreza se ha vuelto menos concentrada en las áreas urbanas -y más concentradas en las comunidades rurales- a partir de la década del 2000.

Respecto de los afroamericanos, los resultados muestran que aquellos que viven en las zonas rurales se concentran más en “guetos” que aquellos que viven en las ciudades metropolitanas. Por ejemplo, en el 2009, el 85,8% de la población pobre afrodescendiente de las áreas rurales vivía en lugares de alta pobreza. Y, en ese mismo año, el 77,7% de todos los afrodescendientes de estas zonas vivía en las comunidades pobres. En contraste, el 40,6% de todos los afrodescendientes de las ciudades metropolitanas vivía en lugares pobres, y el 42,3% de los afrodescendientes pobres que residían en estas ciudades lo hacían en lugares de alta pobreza. Los datos también muestran que, para los afrodescendientes rurales,

la concentración de la pobreza es excepcional y persistente si se mide por la falta de cambios significativos por lo menos desde los años '90.

Por su parte, los blancos pobres, como los afrodescendientes e hispanos, se distribuyen de forma desigual en las ciudades metropolitanas, los suburbios y las ciudades pequeñas. Lo que señala el artículo de Lichter, en síntesis, es que la segregación no es simplemente un reflejo de la segregación "racial", en la que los afrodescendientes que son en su mayoría pobres, están separados de los blancos que son en su mayoría no pobres, sino que, de hecho, las "minorías pobres" y los blancos pobres están muy separados espacialmente unos de otros.

Considera, a su vez, que lo más importante es que la segregación de clases parece haber aumentado durante la década del 2000, es decir, los pobres cada vez más se distribuyen en las ciudades de alta concentración de pobreza, en los pueblos pequeños y en lugares rurales, mientras que los no pobres están siendo distribuidos en las comunidades no pobres. Por último, de este estudio sobre la concentración de la pobreza se desprende el concepto de "clase social" definido por el nivel de ingresos de los individuos o de las etnias en cuestión. De esta manera, afirma lo siguiente:

"Patterns of class and racial segregation were distinct but overlapping phenomena. Poor minorities—both in metro and nonmetro areas—are highly ghettoized spatially at the macro scale level (across communities and countries)."2 (Lichter, 2011: 2).

Por ende, en relación con la pregunta que se hacen Massey y Denton (1993) acerca de si el factor dominante en las pautas de segregación es la "raza" o la clase y a la que parecen responder que es la "raza" la que predomina, según este estudio ambos factores se entrelazan.

En el mismo sentido, el artículo de Semyonov (2009) analiza la segregación residencial "étnica y racial" en el caso de las ciudades europeas como el mayor aspecto de la desigualdad social y como mecanismo estructural mediante el cual se niega a estos sectores el acceso a oportunidades de estándar de vida y de comodidades tales como la calidad de la educación, el grado de exposición al crimen, el acceso diferencial a los servicios sociales, las facilidades médicas y las comodidades culturales, entre otras. Sin embargo, Semyonov introduce una dimensión de análisis –ausente en Lichter– acerca de las consecuencias negativas que este fenómeno socioespacial genera en el desarrollo de las interrelaciones y de los contactos sociales interétnicos, ya que genera las condiciones que posibilitan la reducción de las actitudes prejuiciosas y xenófobas hacia las minorías por parte de los blancos europeos, en la medida en que se contraen contactos positivos, constructivos y potencialmente amigables, que varían según los diferentes tipos de barrios étnicos.³

² "Los patrones de la segregación racial y de clase eran distintos, pero los fenómenos se solapan o entrecruzan. Las minorías pobres están muy ghettoizadas espacialmente a nivel de la macroescala (a través de las comunidades y condados)" (Lichter, 2011:2).

³ Es decir, el contacto es positivo en forma más pronunciada entre los residentes de los barrios étnicos (áreas en donde la mayoría son minorías étnicas), que entre los residentes de barrios mixtos (áreas donde algunos de los residentes son minorías étnicas) así como entre los residentes

Es interesante la revisión teórica que realiza este autor acerca de las principales explicaciones que se han atribuido a los altos niveles de segregación de las ciudades estadounidenses, entre ellas se pueden mencionar los motivos económicos, la discriminación y las preferencias. La primera hace hincapié en la imposibilidad de las minorías étnicas, especialmente de los “afrodescendientes”, de vivir en los barrios de los “blancos” por la ausencia de medios económicos y recursos; la segunda explicación se focaliza en las prácticas discriminatorias en el mercado de vivienda hacia las minorías, que trae como consecuencia la imposibilidad de que estos sectores accedan a la misma calidad de residencia de los barrios blancos; y la última se centra en las preferencias residenciales, que ponen en evidencia que la mayoría de los blancos son reticentes a vivir en barrios donde residen los “afrodescendientes”, lo que se extiende a los hispanos y a los asiáticos.

A diferencia de lo que sucede en los Estados Unidos, en Europa la tasa de segregación residencial y las “minorías étnicas” son fenómenos recientes, desencadenados hacia la segunda mitad del siglo XX por la llegada de inmigrantes, trabajadores extranjeros, excolonos y refugiados. Aunque sea importante, dicha tasa no es tan alta como la que hay entre blancos y “afrodescendientes” en los Estados Unidos, y guarda, en cambio, mayor similitud con la tasa de segregación entre los blancos y los hispanos (que según Massey, Denton y Lichter es moderada).

Semyonov, al igual que Lichter, liga la segregación residencial “étnico racial” al estatus socioeconómico de sus residentes, concluyendo que estas “minorías” tienden a residir en los barrios más pobres, mientras que la “mayoría” de la población tiende a vivir en los barrios prestigiosos. En el caso europeo, este análisis agrega el factor de preferencia, según el cual los miembros de la población mayoritaria no quieren vivir en lugares donde residen las minorías étnicas y “raciales”, y prefieren habitar en barrios donde sólo haya europeos.

Otra línea de investigación sobre esta temática la brindan autores como Ishizawa (2010), quien para Nueva Zelanda estudia los patrones de la segregación residencial de los tres grupos étnicos minoritarios de ese país: los asiáticos, los maoríes y la población del Pacífico, frente al grupo étnico europeo mayoritario. Aquí se sugiere que el mercado laboral y el de vivienda juegan un rol importante para explicar los niveles de segregación en Nueva Zelanda. Para los tres grupos étnicos minoritarios, el porcentaje empleado en la manufactura y la industria de la construcción incrementa los niveles de segregación en relación con los blancos. A su vez, comparte con los estudios anteriores el eje segregación residencial “étnico racial” y el estatus socioeconómico, planteando que la cercanía de ingresos del grupo étnico minoritario respecto de los de los europeos disminuiría los niveles de segregación, así como la asociación entre las bajas condiciones socioeconómicas y la concentración⁴ espacial de los maoríes y la población del Pacífico en Auckland Central.

que viven en zonas homogéneas, al ser barrios completamente europeos. (áreas sin minoría étnicas).

⁴ Es importante destacar que se retoman de Massey y Denton (1998) los cinco ejes que proponen para medir la segregación: la igualdad, la exposición, la concentración, la centralización y el agrupamiento. En este caso particular, una alta concentración de la población muestra uno de los

Conclusiones

Este cierre de la reseña intenta ser una apertura hacia un debate profundo acerca de las categorías utilizadas en las Ciencias Sociales y sus consecuencias a la hora de pensar (nos) en una “praxis” concreta y no meramente académica.

En primer lugar, la exposición de estos artículos, en los que se aborda la problemática de la segregación socioespacial en los Estados Unidos, en Europa y en Nueva Zelanda, tiene como objetivo principal esbozar algunos de los lineamientos y resultados presentados por estos investigadores, con el fin de pensar y repensar ejes para la indagación de las relaciones entre segregación residencial y étnica en países de América Latina.

Un punto a destacar del artículo de Lichter (2011) es el estudio de la segregación residencial y la concentración de la pobreza de las denominadas “minorías” en las zonas rurales –ya que generalmente se encuentran asociadas a las grandes ciudades– y su relación con el mercado laboral. En el caso de los hispanos, se insertan en el mundo rural a través de empleos de baja productividad y bajos ingresos, como las empacadoras de carne, la agricultura o la construcción; también en Nueva Zelanda se vincula la segregación de los tres grupos étnicos en cuestión con los mismos tipos de empleo, a saber: la construcción y la manufactura. De la misma manera, para los países europeos, el artículo de Semyonov (2009) recalca la relación intrínseca entre este fenómeno socioespacial y “el estatus socioeconómico”.

Si bien estas investigaciones son cualitativas a la hora de pensar la temática de la segregación socioespacial, se encuentra una deficiencia al asociar el concepto de clase social con el nivel de ingresos o con el estatus socioeconómico.

Desde la tradición marxista, la clase social –entendida como expresión del conjunto de las relaciones sociales de producción en cada momento histórico dado así como las fracciones de clase son el punto de partida para analizar las problemáticas sociales no sólo desde el ángulo de la opresión social hacia las “minorías”, sino también desde el punto de vista de las relaciones de explotación. Al tomar como eje una concepción de clase que parte del ámbito del consumo y no de las relaciones de producción en el debate clase vs. raza⁵ como factores determinantes de la

aspectos de este fenómeno multidimensional. En este artículo se destaca que estudios previos han demostrado alto nivel de concentración de la población del Pacífico, moderado nivel de concentración de la población maorí y bajo nivel de concentración de la población asiática, mostrando niveles distintos -de mayor a menor- de segregación residencial.

⁵En el estudio de las etnias y de las razas y de su nivel de segregación y pobreza se soslaya otro problema teórico y político crucial, al homogenizar bajo estas categorías supuestamente científicas (“la raza blanca o negra”, entre otras) a grupos sociales distintos entre sí, predominando un tinte “biologicista” en la definición de raza o “culturalista” en la definición de lo hispano. Este tema excede la presentación de esta reseña, sin embargo, se destaca como un problema teórico y político que es necesario profundizar y abordar en todas sus dimensiones de análisis.

segregación, se carece de un análisis que aborde en forma dialéctica la relación entre opresión y explotación.

Entonces, la clase social no puede medirse en relación con el nivel de salario que se percibe, sino que debe medirse en relación con lo que está “oculto” o detrás de las “bambalinas”: la producción. En otras palabras, si se midiera a la clase obrera por el nivel de ingresos, como hacen estos autores, se desprendería una tipología de “nivel de pobreza”. Sin embargo, desde el método de análisis del materialismo histórico, la categoría “clase obrera” o “clase trabajadora” como “clase en sí” define a los expropiados de todo medio de producción, que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario, quedando excluidos de esta definición aunque formalmente reciban un “salario” quienes cumplen funciones de “mando” del capital (el personal gerencial) y los miembros de las instituciones represivas del Estado (policías, demás fuerzas de seguridad y fuerzas armadas), así como quienes conforman la cúspide de las distintas instituciones del Estado burgués (jueces, directores en la administración pública, etc.).

Por ende, si la clase social “en sí” no se define por su nivel de ingreso o por su nivel de consumo, sino por el lugar estructural que ocupa en la relaciones sociales, incluir en el análisis de la segregación residencial el “nivel de pobreza” sólo puede entenderse profundamente si se lo inserta en un estudio más exhaustivo acerca de las características del mundo del trabajo, que incluye las condiciones laborales, la formalidad o informalidad laboral, así como el nivel salarial y el grado de organización sindical y de resistencia de los trabajadores, entre otras cuestiones.

Schteingart (2001:16), sintetiza brevemente la tendencia de los últimos años – desde la década de los '80 – de la sociología urbana y del urbanismo de la siguiente manera:

“[...] la noción de pobreza comenzó a aparecer con mucha frecuencia en los estudios urbanos. Es importante destacar que mientras las nociones de marginalidad o de estructura de clases implican una cierta concepción de la sociedad en su conjunto y de la ubicación de los distintos grupos en relación con el mercado de trabajo, con las formas de producción dentro de la economía o con los centros de poder (incluyendo también aspectos culturales de los llamados “marginales”), la noción de pobreza se refiere fundamentalmente al consumo individual o colectivo de los individuos o las familias, de una serie de bienes y servicios provistos ya sea por el mercado o por el Estado.”

Entonces, ¿la segregación socioespacial es un fenómeno que puede entenderse como producto de actitudes negativas contra las minorías, incluyendo desde los prejuicios por parte de la “mayoría” hasta la discriminación en el mercado laboral y de vivienda? Si fuese de esta manera, con sólo luchar contra la “discriminación” se acabaría con un fenómeno socioespacial que segrega a las llamadas “minorías” en las áreas urbanas y rurales más degradadas, denegándoles todo tipo de externalidad adecuada. No obstante, si se entiende el proceso de segregación social como una tendencia propia de las contradicciones del capitalismo, la discriminación subjetiva y estructural descrita que padecen estos sectores adquiere una connotación aún más estructural que la que estos estudios pretenden explicar, por lo que el problema de raíz seguirían siendo en última instancia las relaciones de explotación.

Bibliografía

GRBIC, Douglas, ISHIZAWA, Hiromi y CROTHERS, Charles (2010); "Ethnic residential segregation in New Zealand, 1991–2006", en *Social Science Research*, N° 39.

LICHTER, Daniel, PARISI, Domenico y TAQUINO, Michael (2011); "The Geography of Exclusion: Race, Segregation, and Concentrated Poverty", en *National Poverty Center Working Paper Series*.

MASSEY, Douglas y DENTON, Nancy (1993); "The continuing causes of segregation" en *American apartheid: segregation and the making of the underclass*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.

----- (1998); "The dimensions of residential segregation", en *Social Forces*, 67 (2), USA.

SEMYONOV, Moshe y GLIKMAN, Anya (2009); "Ethnic Residential Segregation, Social Contacts, and Anti-Minority Attitudes in European Societies", en *European Sociological Review*, VOL. 25, N° 6.

SCHTEINGART, Martha (2001); "La división social del espacio en las ciudades", en *Perfiles Latinoamericanos*. México, FLACSO.

MANDEL, Ernest (1985); *El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*. México, Siglo XXI.